

HIMIJOB, N. (1937). *La carretera*. Caracas: Editorial Élite.

[Esta reseña está dedicada a todos los estudiantes que han sido apresados por los regímenes dictatoriales que han castigado a Venezuela. A setenta años de la publicación de *La carretera*.]

La carretera es una novela con un profundo enfoque testimonial. No por casualidad su protagonista se llama Nelson y, de igual modo, los otros quince estudiantes encarcelados que lo acompañan en la reclusión, tienen su referente en la historia política venezolana: Antonio Sánchez Pacheco, Clemente Parpacén, Rafael Chirinos Lares, Enrique García Maldonado, Guillermo López Gallegos, Antonio Anzola, Luis Felipe Vargas, Herman Stelling (Paquito), José Antonio Marturet, Juan Gualberto Yanes, Inocente Palacios, Eduardo Celis Saune, Ricardo Razetti, Pedro Julián, Luis Villalba (Lucho).

En el breve prólogo titulado «A los lectores extranjeros» (1937, p. 7), Himiob, desde su perspectiva de autor, testigo y víctima, expone el contexto de la obra: estudiantes que lucharon de manera infructuosa contra el oprobioso Juan Vicente Gómez, destacando las protestas de 1928 y los doscientos jóvenes detenidos y trasladados a Las Colonias. Con el transcurrir de los días, El Bagre, como era llamado el dictador, dio la orden de aislar a aquellos estudiantes a los que consideraba líderes del movimiento para ser sometidos a trabajos forzados. Es precisamente «Las Colonias» el título de la primera parte, seguida de «El viaje», «El primer día», «El segundo día» y «Vida interior». Cada una de estas partes se puede resumir linealmente de este modo: captura, traslado, primer día en la cárcel, los trabajos forzados correspondientes a la construcción de la carretera y el tedio, que no es otra cosa que el alarmante, pavoroso e imparable reino de la costumbre a la serie de horrores padecidos por los estudiantes: esa miseria, ese desamparo, la crueldad de los militares y el olor a muerte que atraviesa la narración se promueve como algo tan cotidiano como el amanecer. El horror se aplaca y no es más que otro elemento más que constituye lo habitual.

Entonces, en el capítulo inaugural tenemos, pues, el traslado a pie de los estudiantes hacia el presidio «Las Colonias». Hacia el final del episodio, detectamos un *flashback* (o analepsis, como prefiera llamarle) en el que, entre otras cosas, se explica la razón por la que los jóvenes se encuentran tras las rejas y que de algún modo explica la densidad reflexiva que se mantendrá durante toda la novela:

Ahora me sumerjo en los menudos hechos sucedidos los días anteriores, y, al revivir los pormenores de algunas escenas, se aleja un poco la somnolencia que me arrastra. Y permanezco lúcido, despierto totalmente, por varios minutos. Hasta que torno a sentir cierta laxitud, mucha rareza para iniciar movimientos. (Himiob, 1937, p. 15)

Es una escena similar a aquella que leeremos dos años después en *Fiebre* (1939), de Miguel Otero Silva, obra de mayor difusión; en la que se describe el reordenamiento de la cotidianidad trasladada a la cárcel, cómo se configura ese nuevo universo hacinado y amurallado. La sala, por ejemplo, donde permanecen treinta estudiantes, se llama Los Capacheros, por desarrollarse allí no pocas de las reyertas estudiantiles. El solar se llama La Tienda Roja, *La Bomboniere*, una sala que ostenta dos hileras largas de camas pulcras «que incitan al sueño» (p. 15). *Mon Bijou*, «de lonas muy blancas y de habitantes en extremo cuidadosos de sus ropas y de sus comodidades... Y El Comando, o sea, la cocina de la casa, donde duermen apretujados cinco o seis. Asimismo, es en “¡Zigala ibajala!”», cuando, entre consignas, se narra el traslado de los estudiantes a La Rotunda. Se describe cómo los estudiantes miran con desconfianza al coronel Varela, quien fuera preso del régimen. Piensan que se trata de un espía gomero. En este capítulo podemos establecer otra conexión con el inicio de *Fiebre* a través del eco libertario y de protesta que nace del «zigala ibajala / sacalapatalajá».

En la parte titulada «El viaje», los estudiantes son movilizados de nuevo. Esta vez a un lugar incierto: sospechan que se trata de La Rotunda, en Maracay, sede de gobierno de Gómez, donde supuestamente irán a parlamentar; o a La China, una terrible cárcel. En cierto punto del trayecto no hay más carretera y emprenden de nuevo la marcha a pie. Todo parece indicar que su rumbo se encuentra en Los Llanos. A lo largo del camino, no son pocas las veces en la que se nos dibuja lo precario de los pueblos a la orilla de la carretera.

En «El primer día» se describen las penurias a las que se tienen que adaptar los estudiantes. Esa miseria dentro de La China, la agudeza de la metodología con la que se provee los platos de comida: apenas cuatro anémicas raciones para todos los presos, así que los estudiantes deben turnarse para comer.

Seguidamente en «El segundo día», los jóvenes presos políticos van a su primer día de trabajos forzosos. Se les informa que, al menos, deben construir seis metros de carretera diarios, sin importar cuánto tarden.

¿Cuánto hemos andado? Uno, dos kilómetros. Ya apenas se mira la mancha negra del campamento y del jagüey.

—¿Cuánto nos falta? —pregunto a un preso que va delante de mí, casi desnudo.

Como media hora, bachiller. Ahorita llegamos. La carretera está ahí mismito.

—¿Y cuánto tiempo hay que trabajar todos los días en la carretera?

—No es por tiempo, bachiller, es por tarea. Seis metros diarios hay que sacar. Mientras no lo saquen todos, no se puede ir nadie. (pp. 98-99)

En «En los días pasan», Nelson narra cómo él y los estudiantes se van adaptando a los rigores del presidio, cómo logran filtrar el agua mediante la instalación de una estructura artesanal o cómo se las arreglan para comer. Se nos describe el atrasado sistema judicial venezolano mientras los crímenes cometidos por los demás presos forman parte de la narración. En el episodio «Una nueva organización política: zanganía», corre el rumor de que los estudiantes, junto a los otros presos, organizaban una sublevación y son llevados a otro calabozo ubicado a pocos metros del anterior. Allí crean una especie de micro nación con reglas particulares:

Poseedores de un calabozo para nosotros solos, se impone la creación de ciertos oficios que permiten mantenerlo limpio y en condiciones habitables. Es necesario un barrendero, para que todas las mañanas expulse la tierra y otras suciedades que caigan en el suelo de arenilla compacta; un lamparero, para que asee y encienda la lámpara de acetileno que ha de alumbrarnos por las noches; un pollinero, para que diariamente desinfecte el pollino; dos cocineros, cuya finalidad será la de hacer apetitosa la comida que nos venden; un repartidor, que disponga cuidadosamente de los platos y de las porciones de alimento que correspondan a cada quien; un boticario, que procure almacenar el mayor número posible de medicinas y que las defienda contra las requisas inesperadas; y otros tantos cargos como los vayan exigiendo las circunstancias.

De acuerdo «la comunidad» —nombre que hemos dado al conjunto de los dieciséis— en la creación de los oficios, se presenta la discusión respecto a quiénes han de encargarse de ellos. Todos pretenden para sí los más suaves, como el de lamparero, rechazando los más laboriosos o desagradables, como barrendero y pollinero.

Reunidos en asamblea, nos dedicamos a forjar una organización política que dé poder a alguien para la signación de cargos irrenunciables. Se proponen diversos proyectos, que no son aceptados. Y al fin hallamos la solución. Todos los meses se nombrará a uno con plenos poderes por un día, en el transcurso del cual distri-

buirá los oficios según su personal criterio. Reducirá su labor en el resto del mes a cuidar de que los trabajos se realicen cabalmente. Llevará el nombre de Zángano. Nadie podrá rechazar el cargo asignado. El que haya salido una vez Zángano, quedará excluido para el nombramiento del siguiente mes.

Recurrimos al método ultrademocrático de la rifa para elegir al primero que ha de encargarse de la Zangania. Toca la suerte a Paquito, quien inmediatamente procede a la repartición de los oficios. Soy nombrado barrendero, y el disgusto con que recibo el nombramiento, se amengua al mirarle la cara a Antonio Anzola, quien ha sido nombrado pollinero... (pp. 139-140)

Más adelante en «La conspiración», los estudiantes se organizan y conspiran para asesinar a los militares de mayor rango y huir, libertar las otras cárceles y alcanzar la frontera. Lastimosamente sus planes son descubiertos. No obstante, el soldado al que confiaron sus planes los traiciona y son interrogados. Con astucia e inteligencia logran confundir a los militares y hacer caer toda la culpa y sospechas en el soldado que se suponía los iba a ayudar.

A partir de este momento, la novela adquiere una atmósfera cada vez más tétrica, los jóvenes presos políticos son sometidos a crueles trabajos, empujándolos hacia la enfermedad o la muerte. Esto golpea la moral de los estudiantes y devela cómo su tranquilidad psíquica se desmorona proporcionalmente con los malos tratos. Hacia el final del capítulo «Desmoralización, Nelson reflexiona:

Mas, profundizando, haciendo un detenido análisis, encontramos una razón nada compleja: el ambiente contaminado del presidio ha ejercido su influencia sobre nosotros, nos ha relajado la moralidad; el hecho de hallarnos sometidos desde hace tanto tiempo al despotismo de los jefes, nos ha infiltrado egoísmo, nos ha ido habituando a la pasividad frente a la injusticia, y lo que es más doloroso, ha ido despojando de rebeldía a nuestro espíritu, antes tan erguido, tan valiente. Algo semejante ocurre con el pueblo venezolano. El constante amordazamiento que sufre desde comienzos de siglo, el perenne atropellamiento de sus primordiales derechos realizado dentro de la mayor impunidad, el pernicioso egoísmo y la desvergonzada indiferencia por la legalidad de que dan ejemplo los políticos que rodean al Dictador, lo han ido demoralizando paulatinamente, convirtiéndolo en pueblo esclavo. En diferente escala, son una misma cosa el ambiente del presidio y el de la Dictadura. (Himiob, 1937, p. 182)

Finalmente en la parte final, «Vida interior», Nelson cuenta lo estático que está todo en su nuevo espacio. El aburrimiento lo llena todo. Solo hablan del pasado, solo hablan de planes futuros. En el capítulo «Al borde de la locura», el protagonista tiene un ataque de tristeza, furia, desesperación. Le grita a sus

compañeros que quiere quedarse solo, que todos ellos lo estorban. Asimismo, en «Tedio», el pensamiento constante de que ya nadie cuenta nada. Ya nadie habla de libertad. Y este clima prevalecerá hasta finalizar la novela. Se resume en esta frase surrealista: «El hueco negro y profundo de las horas vacías amenaza tragarnos» (p. 229).

La carretera culmina con una reflexión: qué pasará después que los dejen libres. Nelson cree que el movimiento se dispersará por falta de una clara cohesión ideológica, otros se enfocarán a terminar sus estudios, otros, inclusive, no les quede otra opción que unirse a las filas del tirano...

Una nota al pie refiere el lapso de tiempo en el que se escribió este libro: la fecha de inicio data de finales de 1929 y las últimas cuartillas hacia mediados de 1932. No obstante, la novela se nos antoja inmediata, familiar. Aún en Venezuela siguen existiendo y castigando los verdugos que ostentan el poder.

La Carretera es el testimonio inacabado de una nación inacabada.

Reseñado por Mario Morenza
Universidad Central de Venezuela
mario.morenza@gmail.com